

LA 428

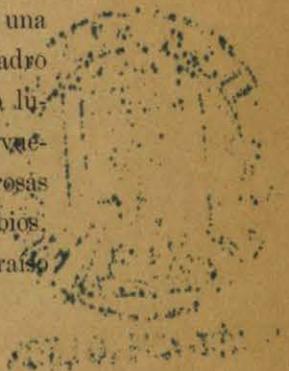
53



FONDO NUEVO LEON



NUNCA, como ahora, mereció evocarse la hermosa imagen de la rapsodia homérica, que nos pinta a la Aurora abriendo con sus dedos de rosa las puertas del Oriente. La Universidad Nacional semeja, en estos momentos, la visión radiante de una mañana de oro. Otra vez, como en el cuadro de Guido Reni, va precediendo al carro luminoso del día, y, suspensa en los aires, vuela milagrosamente con un puñado de rosas en las manos, con la primavera en los labios, con el firmamento en los ojos, con el paraíso



en la frente, con el infinito en las alas..... Parece decirle a la Patria: «En el carro del día viene Palas Atena, cuyos ojos claros van a llenar de resplandores el sendero de tu vida. Al paso dulce de nuestro cortejo alegre, las tumbas han quedado cubiertas de flores. Las sombras se extinguieron y los escepticismos se apagaron. No llores más: la noche ha concluído.»

Este nuevo año escolar marca en nuestra historia algo más que una simple inauguración de estudios: en él se cumplirá la promesa que, ante el Congreso Nacional, hizo la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, de remover los pesados aluviones de utilitarismo y de escombrar toda la arena estéril, para exhumar los mármoles sagrados del Ideal. Hoy empezamos a cavar con nuestra piqueta la tierra de promisión, y esperamos muy pronto resucitar el olvidado tesoro, para dejarlo definitivamente restaurado en las aras del Santuario en donde lo co-

locaron los patriarcas de nuestra Independencia y los apóstoles de nuestra Reforma.

Esta obra trascendente, ligada de manera íntima y estrecha con la reconstrucción nacional, ha sido llevada a cabo por el señor Presidente de la República, cuyo espíritu creador, cuyo brazo de hierro y cuyo verbo de creyente han trazado nuevos rumbos a la nación. Han colaborado la Universidad Nacional, con su espíritu libre y su alta sabiduría, y la nueva generación con sus santos impulsivismos y sus entusiasmos omnipotentes. Ante la actitud enérgica de nuestro Primer Magistrado, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes no dudó un momento en arrojar la semilla nueva sobre los surcos viejos y colocar una pesada e inamovible losa sobre la cripta funeraria del pasado.

Una vez me hacía notar el eximio poeta Salvador Díaz Mirón que, siempre que se arranca un cadáver de una capilla ardiente, se aglomeran sobre el cuerpo del finado su

madre, sus hermanas, sus hijos, para impedir con brazos epilépticos y con clamores desgarrantes, que los sepultureros lo conduzcan a la tumba. Si esas lamentaciones fueran obedidas, añadía el poeta, los muertos acabarían por matar a los vivos.

Pues bien: lo mismo pasa con las ideas caducas, a las cuales precisa, en muchas ocasiones, llevar a la sepultura. En torno de ellas se amontonan miles y miles de seres, que impiden a todo trance la consumación de los funerales. Y, como si esto no bastara, provocan después reacciones contra los pensamientos nuevos, como si los botones en flor tuvieran la culpa de las rosas que se marchitan, como si los arroyuelos que cantan fuesen responsables de las aguas que se congelan, como si las estrellas de Oriente fueran quienes empujasen hacia el Ocaso a los astros moribundos del crepúsculo.....

Por eso las revoluciones artísticas y científicas son tan difíciles de realizar; por eso

también, espero en todos vosotros la fuerza necesaria para permanecer impávidos y tranquilos ante las corrientes rutinarias y los torbellinos ancestrales que se pueden desatar. Los pensamientos nuevos han clavado ya sus ondulantes banderolas en el corazón entusiasmado de la República, y contra ellas, para estrujarlas y agitarlas, sólo tienen derecho los huracanes del porvenir.

En esta obra renovadora, la Universidad Nacional ha sabido conquistarse el dictado de ilustre y benemérita, por haber roto los moldes tradicionalistas en que se encastillan los cuerpos universitarios, para colocar un puente de oro entre el romanticismo de los tiempos idos y el romanticismo de las épocas futuras. En los últimos tres meses, se ha levantado hasta la altura de don Valentín Gómez Farías, que salió de las instituciones realistas para iniciar la epopeya de la Reforma. Llegado el momento de ver disminuída su jurisdicción, la Universidad siguió adelante,

y, realizando la frase de Guerra Junqueiro, asistió al auto de fe de su cuerpo, entre las llamaradas de su propia creencia. Además, ha sido como el crisol en donde se han fundido los bronce de los pensamientos nuevos: las instituciones del futuro podrán considerarla como el invernadero dulce y plácido en donde recibieron el calor vivificante que las fortaleció y tonificó en los primeros instantes de su existencia. Por estas causas, señor Rector, señores consejeros, recibid la felicitación cordial del Gobierno Supremo de la República; recibid también la admiración de los hombres cultos.

En cuanto a vosotros, señores profesores, que teneis el deber de modelar armoniosamente el espíritu de la nueva generación, conservad siempre fijo en vuestra memoria el símil encantador de André Chénier: el de la esposa lacedemonia que, para dar vida a una nueva criatura humana, mandábase colocar delante las más acabadas figuras que

animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Asimismo, vosotros, cuyas almas habrán de dar vida y calor a multitud de almas juveniles, dedicaos a la contemplación sagrada de todas las bellezas, heroísmos y virtudes, para que así podais infiltrar grandeza y excelsitud en el corazón sediento de la gente nueva.

Además, tened presente que, así como el bardo lusitano salvó del naufragio el poema de su patria y de su raza, vosotros debéis procurar que vuestros discípulos salven de todas las borrascas y desquiciamientos el inspirado poema de los ensueños y las esperanzas.

Una conmovedora poesía bohemia, que ha dejado huella profundísima en mi alma, nos pinta a un joven condenado a muerte, que

tenía miedo de sucumbir temblando y a quien su madre volvió la serenidad con la promesa de obtener el indulto. «Si mañana, le dijo, la madre amorosa, cuando emprendas la fúnebre jornada, me miras en la ventana agitando un velo negro, prepárate a morir, porque toda esperanza está perdida. Pero si, por el contrario, me ves agitando un velo blanco,

no tiembles, hijo, aunque el cruel verdugo tu cuello estruje con sañuda mano.

Llega la mañana del suplicio y el joven sale del calabozo, sonriente y sereno, porque advierte que, en la ventana del hogar, está su madre agitando un velo blanco. Se inicia el lúgubre cortejo, y él, sonrosado y tranquilo, avanza con paso firme y seguro. Los verdugos le conducen al patíbulo; pero él continúa con una mañana en los ojos y una alborada en la frente, porque el velo blanco no ha desaparecido de la ventana de su madre.

Asciende sin inmutarse el último peldaño de la fúnebre escalera, y, cuando los verdugos colocan la soga sobre su cuello, clava todavía su mirada primaveral, soñadora y confiada, en el velo blanco que su madre sigue agitando con ternura.....

Aquella madre cumplió con su deber. ¡No pudiendo salvar a su hijo, se conformó con salvar sus esperanzas y sus ilusiones!

Yo, por eso, os pido, maestros ilustres, que hagáis con vuestros discípulos lo que hizo con su hijo la madre dulce de esta romántica balada. Nunca agiteis ante sus ojos atormentados el velo negro que anuncia las tragedias y las desesperanzas: poned siempre, ante sus miradas, el velo blanco que despierta el valor y resucita el ensueño.

En la poesía de Hartmann, la marcha hacia el patíbulo es el símbolo del dolor humano, como es la madre el símbolo de la Providencia, como es el velo blanco el símbolo del ideal y de la esperanza. Los desengaños

son los verdugos que estrujan nuestros cuellos con el cordel áspero y frío de la horca; pero el alma se nos llena de primavera si aparece ante nuestros ojos anhelantes y angustiosos ese velo blanco que redime la existencia y alegra la muerte. Agítadlo siempre, porque la salvación del ideal es más sagrada que la salvación de la vida!

Sí, sabios maestros, haced que vuestros alumnos salgan de las negruras de la muerte, como salió Dante de las negruras del infierno, cantando este verso inmortal y milagroso:

e quindi usemmo a riveder le stelle.

A vosotros, jóvenes amigos, que venís a la Universidad a forjaros una triple coraza de belleza, de saber y de virtud, para armaros en las luchas de la vida, a vosotros os toca completar la obra de vuestros maestros. Para ello necesitáis mostrar una fe hipnotizadora, un carácter incommovible, un amor sobrenatural y divino.

Habreis menester de fe, porque ella es para las corrientes sociales lo que la porcelana para las corrientes eléctricas: aísla a los hombres de la vulgaridad; los vuelve insensibles; les da inmunidad para las más voluptuosas tentaciones y los más altivos orgullos; los eleva, en fin, a esa serenidad milagrosa en donde se trazan las epopeyas, y florecen las parábolas, y reviven los evangelios, y fulguran los apocalipsis.

Necesitáis carácter, para aprovechar todas vuestras derrotas parciales en la batalla definitiva de la existencia; para ostentar después de todos los desastres pasajeros, la arrogancia y la audacia que esclavizan a la suerte.

Guardad siempre fijos en vuestra mente los versos de Verhaeren:

No temas nunca domar
los potros de lo imposible.

Con firmeza de alma es como se rompen los nudos gordianos y se cruzan los Rubico-

nes y las Noches Tristes se convierten en Otumbas.

La fuerza de voluntad nos enseña que el dolor es un bien supremo que, como la laguna Estigia, sirve para volver a los espíritus invulnerables. Turgot decía que admiraba a Colón, menos por haber descubierto la América, que por haber partido a buscarla. Vosotros podéis lanzaros a la conquista del porvenir. Si no lo encontráis, vuestra hazaña queda realizada, por el solo hecho de haber emprendido la aventura.

Y el amor sobre todo, amigos míos; porque sin él, la ciencia degenera, y se tiende sobre las almas como esa hierba menuda y tupida que, al cubrir la tierra como alfombra, estruja despiadadamente los gérmenes de rosales opulentos y de árboles bienhechores.

El secreto de la perfección se encuentra en la armonía de las facultades. Poned en un mismo ramillete rosas de los jardines de Platón y de Epicuro, de Euclides y de Ana-

creonte; tened presente que la ciencia aislada buscó refugio en Alejandría, en tanto que la ciencia aureolada por el amor escogió como asiento los tabernáculos de Atenas.

Por eso, al lema del grande educador Barrera, de «saber para prever, prever para obrar y obrar por amor,» podéis añadir este otro postulado: «soñar para creer y creer para crear.» De lo contrario, la ciencia no solamente será estéril, sino que se parecerá a los eucaliptus y a los sauces que, al clavar sus raíces absorbentes, exprimen a los fértiles terrenos que les han brindado generosa hospitalidad.

¿De qué sirve el conocimiento infinitesimal, la doctrina del detalle, la erudición dominadora de los seres invisibles, la sabiduría de las cosas ignotas y recónditas, si se detienen dentro del cerco estrecho de los estantes de una biblioteca?

¡Ah! cuando el pensamiento se ha cansado sobre los infolios amarillentos; cuando

las pupilas se han obscurecido descifrando pergaminos empolvados, el alma humana, para no caer en la bancarrota del doctor Fausto, tiene que reaccionar con ilusiones y exclamar con el poeta:

Ahondé, ahondé, y atravesando el mundo,
hallé sobre mi frente las estrellas!

En un canto delicado de Catulle Mendes, le pregunta un hombre desencantado a un niño poseído de inspiración: ¿«Cuál es la diferencia entre nosotros»? Y el niño le responde: «Cierra los ojos y contempla aquella estrella de singular belleza.» «No puedo.» — contesta el hombre. Entonces el niño, entornando dulcemente los párpados, replica: «Yo la sigo mirando con los ojos cerrados.»

Pues bien, amigos míos: tal diferencia entre aquel ser desengañado y el infante idealista, es la que debe existir entre vosotros y las generaciones utilitarias que os antecedieron.

Ellas se separaron de la lucha por los peligros, y del amor por las desilusiones, y de las estrellas por los ocasos. Vosotros, en cambio, debéis vivir siempre con los platonismos seductores de las filosofías idealistas y embriagaros constantemente con el perfume de las rosas de la poesía eterna. ¡No necesitar los ojos para ver el cielo, como Homero, ni requerir oídos para percibir la armonía de la Naturaleza, como Beethoven, ni haber menester de fuerza para obtener la victoria, como Don Quijote! ¡Mirar las estrellas con los ojos cerrados: he allí el verdadero secreto de la vida!

Marchad, pues, amigos míos, en el sendero universitario, poseídos de ideal y de éxtasis, como la aurora de Guido Reni, que va cubriendo con flores los sepulcros, para no sentir la tristeza de contemplarlos; caminad sin vacilaciones ni titubeos, siempre hacia arriba, siempre adelante. Y cuando mireis en vuestros horizontes los velos blancos que

agitan las manos de vuestros maestros, seguidlos con el ímpetu y la resolución con que seguían los soldados franceses el penacho blanco de su gran rey: ¡ellos os conducirán a la victoria!

